

que se halló presente al estruendo del formidable rayo que referi en el capítulo diez, dice haber caído el Joven herido á sus pies, y que él estuvo insensible de medio cuerpo para abajo hasta otro día: cuenta el gran pavor y miedo con que se hallaron todos aquella noche, y ya dejó escrito había visto al demonio el Joven, y esta infernal bestia era quien había movido aquella tempestad espantosa, y que el rayo lo asestó á la cabeza del Padre Juan á quien quisiera ver reducido á cenizas; mas ¿cómo podía dañar á quien Dios guaraba para predicador de sus glorias? Después de este rayo, prosigue el Padre Mata, á pocos días después de haber cerrado las puertas de la Iglesia me iba con otros Jóvenes á atizar la lámpara cuando oímos un grande ruido y estrépito en la Sacristía corrándose ó golpeándose las puertas como impedidas de un recio viento. Comenzamos á dar voces, y á este tiempo fue saliendo el Padre Don Juan de la Sacristía por la puerta del Presbiterio casi sin alientos. Sentámoslo en una silla en donde estuvo como desmayado, lo confortamos con vino en los pulsos y entonces volvió en sí y lo llevamos á su cama donde nos estuvo dando consejos, diciendo que quería el demonio con miedos echarnos á todos de la casa, y así que no dejáramos de rezar el Rosario, el que todos los días rezábamos á las cuatro de la mañana, por lo que desde entonces se foca el Abad. De allí á pocos días acció otra noche después de cerrar las puertas de la Iglesia, que estando atizando la lámpara yo con los otros Jóvenes, vimos entrar al púlpito á dicho Padre, háble yo, y sin responder nada se sentó en el púlpito, causándonos miedo, y corrimos gritando: Padre Juan, Padre Juan, y nos llamó el Padre que ya estaba acostado en su cédulo, quitados los zapatos, y nos dijo: No tengan miedo, vayan y echen agua bendita en el púlpito y este apuro. Esto fue sin haberle hablado palabra del motivo que nos ocasionó aquel susto. Todas son palabras de dicho Bachiller Mata, y no habiéndose sabido lo que intentó el maligno con aquella tramoya en que se fingió representando la figura del Padre, solo podemos conjeturar era su designio amedrontar aquellos Jóvenes para que desertasen del Oratorio huyendo de los repetidos sustos que á

cada paso se ofrecían en aquel sitio, como ahora lo cuentan admirados de lo que su Padre Fundador era perseguido del maligno espíritu. El Padre Don Martin Zamudio ya arriba mencionado, testifica: que en cierta ocasión ya habiéndose acabado los ejercicios del Oratorio estando el Padre Juan en el Presbiterio lo levantaron en alto, y lo arrojaron manos invisibles dentro de la Sacristía donde lo hallaron sus compañeros perdidos los colores del rostro y como falta de sentidos á fuerza del golpe; á este tiempo dos Monjes que habían asistido al ejercicio y estaban ya en su casa distante una larga cuadra de la Iglesia, oyeron fuertes voces dentro del Templo sin saber lo que había sucedido, y después que éstos tomaron la ropa de Coadjutores en el Oratorio de mano del mismo Fundador, referían el suceso que les había causado un semejante estruendo y voces no conocidas atribuyéndolo todo á lo mucho que los infernales enemigos perseguían á su Venerable Padre Juan Antonio, y lo confirmaban con los continuos sustos que todos los primeros Jóvenes padecían, no atreviéndose un solo instante á estar solos, teniendo algún consuelo cuando estaban con su Maestro, como los polluelos debajo de las alas de su cariñosa Madre. En otra ocasión cerca de las Ave Marias de la noche, estando el Padre Zamudio que era Joven entonces, en la corta vivienda del Oratorio, observó que venía el Padre huyendo á carrera abierta, y que esto era por que morían piedras sobre él sin ver quien las arrojaba, y asegura que este aguacero de guijarros comenzó desde el patio donde estaba entonces la pila que era por aquel tiempo coral, y prosiguió aquella tempestad, aunque sin truenos, hasta la escalera antigua por donde hoy se sube á los cuartos de la parte que mira á la puerta. Preguntile asustado: qué piedras eran aquellas y por qué venía corriendo? y solo le respondió que no era necesario lo supiese. Por estos lances que no pudo toda la cautela del mortificado Varon encontrar del registro de los suyos se dejó conocer cuanto mayores serían los combates con que tiraba á apurar su paciencia el cumun enemigo, que siempre lo rodeaba como rugiente leon, deseando devorar si pudiese, ó al menos acobardar su espíritu para que no le hiciese tanta guerra en la conversión de muchas almas que antes de establecer el Venerable Padre sus ejercicios, las tenía este cruel tirano sujetas á su dominio con varios pecados, que eran otras tan-

tas cadenas con que tenía cautivo su libre albedrío y ya con la marca de moradores del infernal abismo. Viviendo en esta ciudad de Zúñiga me acuerdo haberme aconsejado nunca saliese a perfección de noche sin llevar en el bordon puesta una cruz, y con efecto me mandó poner una pequeña de hierro en tornillo para ajustarla al báculo, y para que supiese el motivo me declaró que poco tiempo antes lo habían llamado a una confesión a destrosa de la noche y que tomando el bordon puesta en él su cruz, fue siguiendo al conductor, y a pocas cuerdas vio con la luz de la luna que iba por delante un perro muy negro, y tan descomunal que me aseguró sería de la estatura de un asno, y de cuando en cuando se paraba, y volvía los ojos para él centellando fuego. El Padre con la cruz y exorcismos lo hacía retirarse, mas no dejó de ir por delante hasta que entró en la casa del enfermo, que estaba bien necesitado de libertarse con la confesión de las garras de aquel maldito perro. Con el pavor que le ocasionó su vista, y en la necesidad que tenía de remedio el enfermo conoció ser asustado del animal maldito querer amedrentarlo para no salir a confesar de noche, ni libertar a muchos que en aquellas horas se les apaga la luz de la vida.

Capítulo XXXI. Su continua oracion reducida a la práctica de las virtudes.

En la práctica de las virtudes de este venerable sacerdote, se halla un ejemplo vivo para las almas espirituales que desean el acierto; cada acción es enseñanza, cada operación escuela, cada virtud breve y compendiado libro. La Oracion en palmas del Minerva Estrella siendo pura hace al hombre cercano a Dios, y al que vivió Siervo de Dios lo hace amigo suyo. La Oracion pura y ferviente penetra los cielos, alumbró el entendimiento, cierra el infierno, abre el Paraíso y mete dentro de él las almas de los Fieles. Este es aquel noble ejercicio en el cual llegándose el hombre a Dios por amor, viéndose en él como en un espejo sus propias culpas y miserias y conoce ser vanidad todo lo de la tierra. La oracion es pascua del alma, unos deleites y abrazos con Dios, una casa de recreacion en el Monte Líbano donde el verdadero Salomon tiene sus deleites con los hijos de los hombres. En la oracion se gozan los favores, se ensayan las fuerzas, se asegura la Fe, se curadora la Esperanza, se refina la Caridad, se fortalecen los propósitos, se abrazan las inspiraciones,

se arman los deseos, se registran los resabios, se examinan los peligros, se previenen las batallas y se coronan las victorias. Conoció bien el virtuoso Padre todas estas prerrogativas cuando desde muy joven los instruyeron sus Padres espirituales en este soberano ejercicio y aplicó con empeño fervoroso todos sus conatos para aprovechar a su alma en tan divina escuela. Comenzó como buen discípulo las primeras letras de la perfección en la Clase de la Via purgatoria, pues siendo esta la primera grado, no presumió jamás pasar a la segunda sin quedar del todo aprovechado en la primera. Las materias de su oracion eran las cuatro maravillas en que humillaba su alma hasta lo profundo, apenas tenía ojos para levantar su consideracion a grado más alto. Ya después que entró en la Via Illuminativa por consejo de sus Directores en su libro continuo meditar los inmensos beneficios de Dios hechos a sus criaturas, y con especial agradecimiento los que en él en particular conocía en sí como dádivas de la mano de Dios, y en meditar las finezas de un Dios hecho Hombre por amor de los hombres se liquidaba su corazón en amorosos afectos. Indicó de lo que sentía su interior es la Novena que dejó de su mano de los Gozos dolorosos para celebrar con ternuras al Niño Dios recién nacido contemplado en los brazos de su Soberana Madre con lo que la Divina Reina discurría sobre lo que a su tierno Infante le esperaba. La vida y predicacion del Salvador del mundo era en su meditacion el modelo para gobernar las acciones de su apostólico ministerio. Su Pasión y Muerte del Cordero sin manchas era el espejo en que reconocía sus manchas, lloraba sus ofensas, sentía ver obrado de los mortales este incomparable beneficio, y para desagraviar este amor tan ingratamente correspondido eran saetas sus voces en los pulpitos, fuego sus palabras y mucho más predicaban sus ojos que las razones que profecía, abrogándose las más veces por la opresion del corazón entre las fauces. El tiempo que gastaba en la oracion era todo el que le sobraba del continuo diario ejercicio del pulpito y confesionario y de las horas que se aplicaba a enseñar Latinidad a sus Jóvenes y leer Moral a otros antiguos Sacerdotes en los principios de la fundacion de su Oratorio de S. Miguel el Grande. No perdía de vista la oracion mientras apuntaba lo que leía en los libros, pues de tal suerte repasaba las líneas que de ellas sacaba el jugo de santos pensamientos y encendía su voluntad para practicar lo que el Señor le hablaba por estos Maestros mudos. Anticipaban sus ojos como David las vigiliás, pues apenas había formado muy escasas